

Reconstrucción biográfica del Museo de la Ciudad, Villa Dolores, Córdoba: orígenes de un museo–escuela

Celeste Villanueva

Facultad de Artes (FA)

Universidad Nacional de Córdoba (UNC)

celestevillanueva@mi.unc.edu.ar

<https://doi.org/10.14409/culturas.2025.19.e0060>

Resumen

El objetivo de este artículo es indagar en la etapa fundacional (1990–1993) del Museo de la Ciudad de Villa Dolores, Córdoba, Argentina, destacando su misión educativa, el perfil regional y los actores involucrados en estos primeros años de funcionamiento. A partir del enfoque de la biografía cultural (Kopytoff, 1991) y herramientas de historia oral, se recuperan memorias y documentos que permiten reponer los sentidos iniciales del proyecto. Esta reconstrucción, busca mitigar la disociación que actualmente atraviesa el museo como institución, poniendo en valor su historia educativa en relación al territorio de referencia.

Palabras clave:

Biografía Cultural, Disociación, Museo Escuela.

Reconstrução biográfica do Museu da Cidade, Villa Dolores, Córdoba: origens de um museu-escola.

Resumo

O objetivo deste artigo é pesquisar o período da fundação (1990–1993) do Museu da Cidade de Villa Dolores, Córdoba, Argentina, destacando a sua missão educativa, o seu perfil regional

Reconstrucción biográfica del Museo de la Ciudad, Villa Dolores, Córdoba: orígenes de un museo–escuela. Celeste Villanueva. Facultad de Artes (FA), Universidad Nacional de Córdoba (UNC)



e os atores envolvidos nesses primeiros anos de funcionamento. A partir de uma abordagem da biografia cultural (Kopytoff, 1991) e ferramentas da história oral, recuperam-se memórias e documentos, permitindo-nos reconstruir os significados iniciais do projeto. Esta reconstrução busca atenuar a dissociação que o museu vive atualmente como instituição, pondo em valor a sua história educativa em relação ao seu território.

Palavras-chave:

Biografia Cultural, Dissociação, Museu Escolar.

Biographical reconstruction of Museo de la Ciudad, Villa Dolores, Córdoba: origins of the school - museum

Abstract

The objective of this article is to investigate the founding period (1990-1993) of the Museo de la Ciudad de Villa Dolores, Córdoba, Argentina. Its educational mission, regional profile, and the actors involved in these early years of operation are highlighted. Using a cultural biography approach (Kopytoff, 1991) and oral history tools, memories and documents are recovered, allowing us to reconstruct the project's initial meanings. This reconstruction seeks to mitigate the dissociation that the museum is currently experiencing as an institution, highlighting its educational history in relation to its territory.

Key words:

Cultural Biography, Dissociation, School Museum.

Introducción

El presente escrito se enmarca en el proyecto de tesis de la Maestría en Conservación de Bienes Culturales, Facultad de Artes (FA) de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), titulado: «Estrategias integrales para la puesta en valor de las

colecciones primigenias del Museo de la Ciudad, Villa Dolores».¹ Su objetivo es reponer aspectos de la historia fundacional —período que comienza en el año 1990 con el proyecto de creación del espacio y culmina en 1993 con el retiro de sus fundadores— del Museo de la Ciudad,

1. Con dirección de la Mgter. Clementina Zablosky y codirección de la Mgter. Marcela Valeria Sgammini. Beca de Maestría otorgada por la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Córdoba (SeCyT-UNC).

Villa Dolores, Córdoba. En particular, se enfocará en su misión educativa en relación a la biografía de los fundadores y al territorio donde se emplaza.

La institución fue inaugurada en 1991, en el edificio del ex Mercado Municipal con dirección del geólogo Marcelo Ferrer, apoyo de la Junta Municipal de Historia y del municipio. Sus primeros años fueron exitosos en términos de público y puesta en escena con un perfil regional y pedagógico, exponiendo colecciones mineralógicas, biológicas, paleontológicas, arqueológicas y una maqueta interactiva de los cordones montañosos de Córdoba, sus valles y localidades aledañas. Desde 1992–1993 (hay fuentes diversas que citan estas dos fechas), a partir de la muerte de su director Marcelo Ferrer y el cambio de área del encargado de colecciones Daniel Brito, el museo no cuenta con una dirección que atienda sus necesidades específicas (conservación, investigación, comunicación), dependiendo actualmente de la Secretaría de Cultura y Turismo del Municipio de Villa Dolores. Estos años sin una planificación sostenida en la gestión de colecciones ocasionaron situaciones críticas: las piezas están expuestas de forma permanente a factores de deterioro por fuerzas físicas, valores de temperatura y humedad relativa incorrectos, luz excesiva, agentes contaminantes y vandalismo. Paralelamente, las donaciones fueron aumentando, ingresando al espacio expositivo textiles, maquinarias, bienes de uso, piezas

históricas/artísticas y una exhibición de fotografías y documentos en homenaje a las y los desaparecidos de la zona durante la última dictadura militar. Muchos de estos ingresos sucedieron sin criterio de pertinencia en relación a las colecciones preexistentes o selección de acuerdo con su estado material, en particular las piezas que comprenden bienes de uso y maquinarias. En este contexto, un problema de gravedad es la disociación —en tanto pérdida de la información asociada a un objeto (Antomarchi et al., 2016)— que se presenta actualmente en la mayoría de las piezas: hay grupos enteros sin referencia alguna, superposición de cartelería que no logra comprenderse e identificación inadecuada. La disociación como agente de deterioro no solo afecta a los objetos expuestos, sino a la institución de forma general: hay pérdida de información de acceso público sobre la historia y función del propio museo. Desconocer el contexto que le dio posibilidad de existencia genera una desconexión con sus sentidos iniciales, su misión dentro del territorio y con la comunidad de referencia.

La reconstrucción de los inicios del museo —es decir, las ideas fundantes, las y los actores involucrados—, constituye una tarea que reviste complejidad, en parte porque muchas de las personas que formaron parte de esta etapa ya no están y principalmente porque hay escasos documentos institucionales que den cuenta de cómo y quiénes comenzaron el proyecto. Ante esta situación,

se desplegaron diversos recursos metodológicos: de acuerdo con el método de la biografía cultural propuesta por Kopytoff (1991), centrada en la relación entre las personas y las cosas —y su capacidad de acumular historias en su vinculación—, se partió de preguntas como: ¿de dónde provienen las cosas y quién las hizo? ¿Cuál ha sido su trayectoria hasta ahora? ¿Ha cambiado su uso? Algunas de las respuestas a estas preguntas surgieron principalmente de las entrevistas realizadas a las personas que colaboraron en la creación y funcionamiento de la institución, desde una perspectiva de historia oral como herramienta para recoger memorias del pasado reciente y el contexto de origen (Gartner, 2015; Viano, 2011). En estos encuentros, salieron a la luz ideas y anécdotas sobre los inicios, así como nuevos documentos de consulta, en particular la revista que se publicó en los primeros años de la institución: *El Baúl de la Abuela*. Asimismo, se consultaron los archivos del *Diario Democracia*, de la ciudad de Villa Dolores, que ofrecen un panorama del contexto cultural e histórico en el que se gestó el museo y documentos institucionales como la Ordenanza de creación del Museo de la Ciudad y el primer inventario. Paralelamente, se describió el territorio donde se emplaza la institución como otro marco de referencia para comprender cómo se relacionan las personas, los objetos y los paisajes, con sus condicionantes y proyecciones (Hermo y Miotti, 2010).

Museo en territorio: el Museo de la Ciudad en el contexto del Valle de Traslasierra

Como primer acercamiento al Museo de la Ciudad, se propone delinear una suerte de mapa territorial del Valle de Traslasierra, Villa Dolores, Córdoba. Describir los aspectos geográficos, naturales, históricos y culturales de la región comprende una trama clave para entender el marco de referencia que rodea al museo en relación a las miradas que ingresaron al espacio patrimonial. En esta línea, la noción de territorio como configuración espacial, soporte y recurso, y por tanto objeto a delimitar (Folch y Bru, 2017; Nogué, 2007); y el concepto de paisaje como los modos de ver este territorio, que varían de acuerdo con la posición y punto de vista de quienes observan, y que comprende una proyección cultural colectiva sobre el espacio (Nogué, 2007; Goffard, 2019); constituyen conceptos claves y complementarios para analizar el contexto de origen del Museo de la Ciudad. Así, el museo—en—territorio, se configura como un nodo clave que ofrece narrativas del lugar en tanto paisajes —es decir, construcciones, puntos de vista— que permiten relacionar la institución y sus colecciones con su entorno. Entre ambos conceptos, el museo mismo se hace borde, un límite que marca «el fin de una superficie y el inicio de otra. Separa a la vez que empalma dos entidades» (Goffard, 2019:85; Hafford, 2021). Este apartado propone

revisar cuán porosos fueron —y son— esos bordes patrimoniales con el «afuera», qué zonas fronterizas condicionan el museo por oposición o cercanía y qué miradas sobre el territorio ingresaron al museo. Se trata, entonces, de reconstruir cómo se consolidaron esos bordes entre el entorno y las miradas sobre este (Hafford, 2021).

Para situar estos límites locales entre el Museo de la Ciudad y el territorio de referencia, es necesario ubicar el Valle de Traslasierra como una región geográfica del oeste de la provincia de Córdoba, Argentina. Presenta áreas de sierras, altiplanicies y valles que abarcan los departamentos de San Alberto y San Javier, con numerosos cursos de agua, entre los que se pueden mencionar: Río Panaholma, Río Mina Clavero, Río Chico y Río Grande de Nono, Río de los Sauces y el Dique La Viña o Embalse Ing. Antonio Medina Allende. Entre los límites que demarcan la zona, se encuentran al noreste la Pampa de Achala; al noroeste, áreas de planicies que se extienden hacia la Rioja; hacia el sur, se encuentra el límite interprovincial entre Córdoba y San Luis (Maffini, 2022). Hacia el este, las Sierras Grandes o Sierras Comechingonas constituyen, en varios sentidos, un elemento natural protagonista del Valle. El cordón serrano se erige como telón de fondo para las distintas localidades, ofreciendo vistas privilegiadas en los diversos recorridos por Traslasierra, riqueza visual que también está presente en el camino de las Altas Cumbres que

atraviesa la propia montaña. Desde lo ambiental cumple un rol fundamental, ya que constituyen el punto de nacimiento de los ríos de la región y zonas aledañas, en esta línea presenta áreas protegidas como el «Parque Nacional Quebrada del Condorito» y la «Reserva Hídrica Provincial Pampa de Achala» (Chaldari y Suau, 2018). Otro aspecto de relevancia es el límite natural que el cordón montañoso impone en la zona, que influyó de forma contundente en el desarrollo histórico, cultural y económico del Valle de Traslasierra, ocasionando un relativo aislamiento en relación con la capital de Córdoba, y propiciando una vinculación más fluida con las provincias limítrofes de San Luis y La Rioja (Barrionuevo Imposti, 1942). La condición regional de estar «detrás de las sierras» en relación con el centro de la provincia delineó un proceso singular de ocupación y poblamiento en el Valle.

Los primeros habitantes de la región fueron los pueblos originarios llamados comechingones, cuyos restos y sitios arqueológicos aún se encuentran en la zona. Desde el siglo XVI, las crónicas de la colonia dan cuenta de sus primeras incursiones. A partir de ese momento, comenzó un lento proceso de evangelización en el Valle, consolidándose en el siglo XVIII con la construcción de diversas capillas. En la segunda mitad del siglo XIX, se fundó la localidad de Villa Dolores, en el contexto de la reorganización del Estado—nación tras la caída de Juan Manuel de Rosas.

En 1852, el gobernador Alejo Carmen Guzmán impulsó la creación de «villas» en el interior de la provincia, para organizar el poblamiento y promover el progreso, proyecto nada sencillo de implementar por el límite natural de las Sierras Grandes. El 21 de abril de 1853, Guzmán decretó la fundación de la Villa en el Partido de los Sauces, departamento de San Javier, proponiendo inicialmente el norte del río, en la localidad de San Pedro. Sin embargo, surgieron disputas sobre la ubicación exacta entre la zona norte (San Pedro) y el sur (Paso del León). Finalmente, se decidió ubicar la villa en el margen sur del río, en el paraje «El Paso del León». La construcción de la iglesia, dedicada a Nuestra Señora de los Dolores, comenzó en 1856 y dio nombre tanto a la capilla como a la villa (Barrionuevo Imposti, 1942).

Hechos posteriores como la llegada del ferrocarril a la ciudad en 1905 —que conectó la localidad con el resto del país— y el proceso de construcción del «Camino de las Cumbres» iniciado en 1915 por el gobernador Ramón J. Cárcano y finalizado en 1918 por Julio C. Borda —que atravesó las Sierras Grandes mejorando notablemente la conexión con la ciudad de Córdoba— representaron líneas de aperturas históricas de los bordes de la región, ampliando posibilidades de crecimiento, conexión e intercambio. Desde allí, comenzó a consolidarse la actividad turística en la zona, proceso que continuó con la renovación del camino de las

Altas Cumbres en 1960 y 1993 (Chaldari y Suau, 2018).

En la actualidad, el turismo constituye una fuente importante de ingresos en la región de Traslasierra por su cuantioso patrimonio natural, una oferta diversa de servicios y la valorización de atractivos históricos y culturales de la zona (Maffini, 2022). Si bien en este entramado, Villa Dolores es la cabecera del Departamento San Javier, y uno de los centros económicos, sociales y culturales más importantes del Valle, históricamente no consolidó un perfil turístico, mas bien se caracterizó por ser una ciudad proveedora de servicios y de producción agrícola, destacándose el cultivo de papa como principal actividad económica. (Chaldari y Suau, 2018).

Entre los puntos centrales de la Ciudad se encuentra la plaza General Bartolomé Mitre y, al frente, la Basílica Nuestra Señora de los Dolores; aparte, un cinturón comercial que bordea estos puntos. A unas cuadras de esta zona céntrica, en la Calle Dr. Ramón J. Cárcano 157, se encuentra el Museo de la Ciudad. Dentro de sus límites cercanos se pueden mencionar al menos tres instituciones educativas de varios niveles de donde proviene actualmente, gran parte de su público diario. Aparte de estos bordes céntricos que lo rodean, vale la pena mencionar algunos bordes patrimoniales del Museo de la Ciudad que también influyeron en su historia y actualidad.

En la vereda frente al museo se encuentra la Biblioteca Popular Domingo Faustino

Sarmiento que, desde 1958 funciona en la calle Cárcano 163, a partir de la donación del terreno, libros y muebles por parte de Dolores A. de Funes. La Biblioteca nuclea el funcionamiento del grupo literario «Tardes de la Biblioteca Sarmiento» y se desarrolla el círculo de lectores «Paso del León», además de ser propulsora del «Encuentro Nacional de Poetas» que se realiza en la ciudad desde 1962. Allí funciona una comisión para su sostén y actualmente depende de la gestión municipal. Si bien la Biblioteca Sarmiento y el Museo de la Ciudad son instituciones vecinas, históricamente no hubo relación entre ambos espacios, aunque comparten como antecedente el proyecto del Municipio en el año 2022, de trasladar las instituciones a un «nuevo polo cultural» con el fin de construir cocheras y baños públicos en los respectivos inmuebles, como «servicios» necesarios para la zona céntrica. Tras una campaña en contra de su traslado y un abrazo simbólico a la Biblioteca, los dos espacios siguen funcionando en sus respectivas locaciones, aunque se construyeron baños públicos en el terreno del Museo de la Ciudad.

Cerca de estas dos instituciones, se encuentra el Museo Arqueológico e Histórico «Ernesto Arrieta», que depende de la Escuela Normal Superior «Dalmacio Vélez Sarsfield». Inaugurado en 1911 por el profesor de historia Ernesto Arrieta, su colección consta de variedad de piezas arqueológicas y una muestra polifacética

que registra y da testimonio histórico del siglo XIX–XX. El museo estuvo cerrado al público por extensos períodos —con escasas y puntuales aperturas para el público escolar— hasta el año 2011, que se vuelve a abrir a la comunidad tras un proyecto interdisciplinar de puesta en valor propulsado por la misma escuela (*La Voz del Interior*, 2011). Por último, el Museo Rocsen ubicado en la localidad de Nono, a 38 kilómetros de Villa Dolores, fue inaugurado en 1969 por Juan Santiago Bouchon y expone piezas provenientes de todo el mundo y de diversas épocas. La colección privada fue creciendo con los años, a igual ritmo que el espacio edilicio que la alberga.

En síntesis, fragmentos materiales del territorio y su historia ingresaron al Museo de la Ciudad en el proceso de armado de sus primeras colecciones. Las Sierras Grandes ingresaron también, presentadas en escala a partir de una maqueta–mapa–interactiva. En esta línea, los bordes patrimoniales que limitan con el museo, configuraron modos de ver y gestionar estas colecciones: en un inicio con un perfil pedagógico cercano al Museo Arrieta, y luego con un perfil polifacético–politécnico, ambivalente pero presente en la historia del Museo de la Ciudad a partir del Museo Rocsen como referencia museográfica que se impone en el Valle de Traslasierra. Por último, la zona céntrica de Villa Dolores acerca al museo, públicos específicos de infancias, adolescencias, familias y, en menor medida, turistas de la zona.

Comienzos del Museo de la Ciudad: iniciativas y contexto

El proyecto del Museo de la Ciudad surge a partir de diversos puntos iniciales, caracterizados por encuentros azarosos entre diferentes actores del medio y causalidades que tejen y asientan estos azares en un contexto y paisaje concreto. Así, en una entrevista, Martha Romero de Sottile —historiadora y miembro de la Junta Municipal de Historia— declara: «el Museo de la Ciudad surgió de casualidad». Este componente casual estuvo ligado a una situación de espera, entre 1990–1991, Villa Dolores: «Un día en el banco, el Banco Provincia de Córdoba, estaba haciendo cola y me puse a charlar con un hombre que estaba adelante mío. Un hombre grande, muy serio, muy amoroso». Ese hombre era Marcelo Ferrer —jubilado, doctor en Mineralogía y jefe en el Dpto. de Minas de la Provincia de Córdoba—, futuro director del Museo de la Ciudad. En ese breve intercambio, Ferrer le comentó que era geólogo y que deseaba conformar un museo, manifestando que había ido varias veces a hablar con intendentes, pero que no había tenido respuesta, razón por la cual, al día siguiente iba a presentarse en la localidad de Mina Clavero con la propuesta.

En el azar de este encuentro, hay componentes contextuales: pocos años antes, en noviembre de 1988, se había conformado por el Decreto N.º 634 la Junta Municipal de Historia (JMH, 2021). Esta comisión de estudios fue convocada por la gestión

del intendente Melchor Martino, con el fin de establecer con exactitud, la fecha fundacional de la Ciudad de Villa Dolores. Martha Romero de Sottile, miembro de la Junta, explicó a Ferrer sobre el proyecto y organizó una reunión con el Dr. Arrieta (director de la Junta), el intendente Martino, Marcelo Ferrer y ella. Allí, Martha Romero de Sottile recuerda que Marcelo Ferrer ofreció: «una maqueta que es la que todavía está en el museo, que son las Sierras de Córdoba... con los accidentes que tiene de un lado y del otro de las sierras, y dándole mayor importancia a los ríos y a las vertientes nuestras y, por supuesto, al Dique de la Viña». Aparte, una amplia colección mineralógica, que donaban con su pareja, Adelina Gazzia —jubilada, bióloga y doctora en Ciencias Geológicas—. Se discutieron diversos lugares para emplazar el museo, decidiendo finalmente el inmueble del ex Mercado Municipal, un galpón con problemas de goteras y humedades, que el intendente Martino prometió reparar para ese año.

Casualmente y de forma paralela, Daniel Brito —taxidermista, guarda fauna local, posteriormente fundador del Serpentario Machaqway en la localidad de las Rosas— poseía una amplia colección biológica, compuesta por especímenes taxidermizados y restos óseos recolectados y elaborados por él. En una entrevista, declaró que ofreció al municipio esta colección para armar un museo, que quedó en pendientes hasta que le presentaron desde la intendencia a

Ferrer, para comenzar a preparar la nueva institución. Los factores casuales en este comienzo, como el breve encuentro en una fila para ingresar a un banco entre Martha Romero de Sottile y Marcelo Ferrer, o el doble pedido a la intendencia para proyectar un espacio patrimonial en Villa Dolores de personas con biografías y edades disímiles como Marcelo Ferrer y Daniel Brito, se apoyan en un contexto causal que posibilitó la inauguración del Museo de la Ciudad.

Como parte de este entramado contextual, en primera medida se puede mencionar la gestión municipal del intendente Melchor Martino (1987–1991). En la entrevista, Martha Romero de Sottile destaca el «espíritu cultural» de este intendente, al haber convocado a la conformación de la Junta Municipal de Historia y facilitar el proceso de creación del museo antes que terminara su gestión, en diciembre de 1991, al perder contra el futuro intendente Juan Pereyra. Por otro lado, tanto en la gestión saliente de Melchor Martino como en la entrante de Juan Pereyra, se puede inferir preocupación y definiciones por la potencialidad turística de Villa Dolores a partir de declaraciones realizadas al *Diario Democracia* durante 1991, por parte de ambas gestiones. Si bien en las notas destacan como puntos de interés el Balneario de Piedra Pintada y la zona comercial de Villa Dolores, el Museo de la Ciudad podía proyectarse a futuro como uno de estos «atractivos» que la localidad podía ofrecer.

Otro de los factores es un clima de época en un contexto nacional de posdictadura, que trajo diversas manifestaciones y ecos a Traslasierra. Al respecto, Diana Alonso, —otra de las entrevistadas e involucradas en el armado de los primeros años, técnica y guía de turismo, guardafauna local— relata los años previos a la inauguración del Museo de la Ciudad, como un momento de mucha agitación cultural y ambiental en Villa Dolores y recuerda en la entrevista: «Aparte veníamos de un proceso, de una dictadura grande, es como que vos querés hacer todo junto después (...) Toda la gente que venía estaba reprimida y ahí fue un estallido, ¿no?». Este tiempo de «democracia reciente» puede leerse en notas del *Diario Democracia*, de diciembre de 1991: «el pueblo retornó a las urnas para decidir sobre sus futuros gobernantes. Este hecho es decisivo como concreción del régimen democrático que, con todos sus problemas, tiene como aspecto fundamental para la ciudadanía el hecho de respirar un aire de libertad que se extrañaba, y que la capacidad de expresarse no se ha perdido» (*Diario Democracia*, 1991).

Por último, se puede mencionar como un factor central para la apertura del Museo de la Ciudad el hecho de que el único museo de la ciudad permaneciera cerrado al público: el Museo Arqueológico e Histórico Ernesto Arrieta, perteneciente a la Escuela Normal Dalmacio Vélez Sársfield.

Visiones y armado para el «Museo–Escuela»

Después de la confirmación por parte del municipio para la apertura del Museo de la Ciudad, Daniel Brito recuerda que tuvieron «un año de pensarlo, de imaginarlo» y concretar la posibilidad que se abría. En la entrevista, menciona que esas primeras proyecciones, delineaban un perfil museológico ligado a Ciencias Naturales, idea que respondía a las colecciones más cuantiosas con las que contaban inicialmente: la colección biológica de especímenes taxidermizados por el propio Daniel Brito y la colección mineralógica donada por Marcelo Ferrer y Adelina Gazzia. La proyección de un museo de ciencias naturales, de algún modo, respondía también a las biografías y recorridos de las personas involucradas de forma directa en este proceso: Marcelo Ferrer, geólogo; Adelina Gazzia, bióloga; y Daniel Britos, taxidermista y guardafauna local junto con Diana Alonso. Sin embargo, estos intereses se cruzan y amplían al acercarse miembros de la Junta Municipal de Historia y vecinos en general, con donaciones para el espacio, en particular piezas arqueológicas. Con esas nuevas inquietudes y donaciones que fueron llegando por parte de la comunidad, comenzaron a pensar un área arqueológica y paleontológica para el museo.

Aparte de la organización de las colecciones, mientras el municipio acondicionaba el inmueble del Mercado Municipal de Villa Dolores para el futuro museo,

Marcelo Ferrer, Daniel Brito, Diana Alonso y allegados trabajaban en el armado de los dispositivos de exhibición. Al contar con limitados recursos municipales, gestionaron donaciones de materiales por parte de privados —comercios vecinos de la zona—, para el armado de los estantes y vitrinas.

En ese mismo año, Marcelo Ferrer trabaja materialmente en la maqueta interactiva que representa, en relieve, los cordones montañosos de Córdoba y sus zonas de valles y ríos, contando con un tablero electrónico para iluminar la ubicación de las localidades aledañas. Según Martha Romero de Sottile, a partir de la maqueta, Ferrer advertía sobre la importancia del cuidado de grandes reservas de agua subterránea a nivel regional, refiriéndose al «patrimonio subterráneo» que nacía de las Sierras Grandes. Diana Alonso vincula la elaboración de la maqueta con la misión que proyectaron para el museo: «Para qué te digo... el museo creo que inclusive... no sé si decía arriba “museo–escuela”, porque esa idea fue de Ferrer. (...) Ferrer decía “yo puedo hacer una maqueta para los chicos”. Entonces, entre los tres dijimos, hagamos un museo–escuela. La idea era que todos los chicos se sintieran propietarios de ese espacio, que sintieran en su momento que ellos eran los dueños». Esta finalidad educativa en la conformación del museo también la recuerda Martha Romero de Sottile: «la misión que tenía —porque lo explicitó el director ad honorem, el doctor

Ferrer— fue que, una vez organizado todo, las escuelas vinieran, con sus alumnos de todos los niveles, ¿eh? Para poder saber qué es lo que hay adentro, para que las maestras pudieran saber y traer a los chicos». Por otro lado, la misión está documentada en la Ordenanza n.º 659, del 20 de noviembre de 1990, que declara la creación del Museo de la Ciudad. El escrito establece que «tendrá un perfil regional», explicando que estará dispuesto para cumplir una «función didáctica», con una partida presupuestaria de Cultura y Educación.

El museo finalmente se inauguró el jueves 5 de diciembre de 1991, pocos días antes del cambio de intendencia que hacía salir a Melchor Martino y entrar a Juan Pereyra. Allí, Marcelo Ferrer, director ad hoc, da un discurso del que se extrae el siguiente fragmento a partir de los archivos del *Diario Democracia* (1991):

La patria necesita hoy solo un pequeño esfuerzo más, para salvarla. Y hay que salvarla. Ello se consigue, cuando un buen administrador del pueblo, invierte en la enseñanza y en la educación, solo así, se logrará nuestra ansiada independencia económica, porque las obras grandes, son el conjunto de actitudes minúsculas. Sin exagerar y colocarnos en forzadas posturas próceres, debemos admitir que trabajando concienzuda y honradamente, se contribuye al esfuerzo de recuperación nacional, tarea que cumplirá el Museo, mediante la divulgación práctica y objetiva de la ciencia

y de la tecnología, con creación de paneles móviles alusivos a las distintas disciplinas del saber, confeccionando folletos, publicaciones y programando disertaciones sobre los recursos naturales y de su preservación ambiental, por distinguidos profesionales de la materia.

En estas palabras inaugurales, se refleja una dimensión política en la función educativa de la institución: el rol divulgador del museo desde una perspectiva científica y ambiental. En este fragmento y a lo largo del discurso que registra el diario, Ferrer no menciona las colecciones, sino el armado de paneles, publicaciones y charlas, proyectando el museo como un espacio de encuentro y divulgación. Por otro lado, «el perfil regional» que menciona la Ordenanza, tiene otras implicancias en el discurso de Marcelo Ferrer: el conocimiento y cuidado de los recursos naturales de la zona.

Los primeros años fueron exitosos, Martha Romero de Sottile recuerda en la entrevista: «con respecto a la ciudad sí, le dieron muchísima importancia. Fue visitado mucho y, sobre todo, yo he escuchado mucho después en Facebook, cómo la gente admiraba que tuvieran un museo, que nunca se imaginaron que tuviera un museo tan importante Villa en Dolores». Más adelante reflexiona sobre la importancia social de la institución en relación con la falta de espacios patrimoniales en la ciudad, al permanecer cerrado esos años el Museo Arqueológico Ernesto Arrieta: «un

museo que nunca lo tuvo Villa Dolores, que el otro museo, como te dije, estaba la mayoría del tiempo cerrado». Por su parte, Diana Alonso relata: «era como si fuera un bar en Buenos Aires. (...) Porque estábamos todo el tiempo ahí. Yo iba a mi trabajo y después iba ahí». En relación con esto, Daniel Brito menciona una «asociación de amigos del museo», que no tenía un perfil formal, sino que eran vecinos que acompañaban el día a día en las tareas de mantenimiento y apertura del museo. Por otra parte, la institución se ocupaba de realizar tareas de conservación de las colecciones, investigación del patrimonio local y tareas de divulgación mediante charlas —para las que el museo contaba con un espacio libre a modo de aula o sala de reunión— y la publicación de la revista del museo, *El Baúl de la Abuela*.

Ahora bien, la relación del museo con la nueva gestión municipal fue compleja, al inaugurarse en un contexto de cambio de intendencia. Daniel Brito recuerda en la entrevista, que el museo era como la oveja negra de la gestión municipal, «siempre apartados, siempre con problemas, siempre sin recursos». A partir de la repentina muerte de Ferrer en el año 1992 o 1993 (hay fuentes distintas al respecto), la intendencia cambia a Daniel Brito —único encargado de las colecciones y cofundador del museo— a otra sección en el municipio. Ante esa situación, renuncia a su puesto de empleado municipal, el museo queda cerrado un tiempo y vuelve a abrir con

personal municipal a cargo. Allí comienza otra etapa para la institución, sin dirección ni gestión de colecciones sostenida en el tiempo salvo excepcionales voluntades individuales.

Conclusiones

La investigación sobre los comienzos del Museo de la Ciudad a través de entrevistas y archivos, busca reponer un contexto de origen: cómo, por qué y quiénes pensaron este espacio patrimonial en la Ciudad de Villa Dolores. En la búsqueda, se desdobra la geografía que lo bordea, limita y condiciona, con las biografías involucradas en el proceso y sus modos de habitar/ver ese territorio. El museo se conforma como un límite al que ingresaron miradas, narrativas y fragmentos del paisaje local, para conformar otro espacio.

En su etapa inicial o fundacional (1990–1993), hubo una apuesta colectiva por un «museo–escuela», con una fuerte impronta de divulgación a partir de charlas, paneles informativos y publicaciones que promocionaron la geografía local, sus recursos y protección ambiental. La maqueta interactiva que eleva en relieve y colores los cordones montañosos de Córdoba y las localidades de la región, elaborada por el único director que tuvo la institución, Marcelo Ferrer, conforma un artefacto museológico que condensa el origen de este perfil educativo y es también punto nodal en relación a relatos de protección ambiental en la zona. El paisaje de las

Sierras Grandes que bordea a la ciudad y el museo, entra al espacio institucional como representación territorial de cuidado y referencia.

El proyecto educativo de museo–escuela, puede vincularse a la influencia de uno de los «bordes» culturales en la zona, el Museo Arqueológico e Histórico «Ernesto Arrieta», institución patrimonial cuyo edificio, gestión y públicos son escolares, y que, aunque cerrado esos años, constituía el único museo de Villa Dolores hasta la apertura del Museo de la Ciudad. Por otro lado, Diana Alonso reflexiona en entrevista, que esta finalidad educativa que se proyectó inicialmente, constituía una diferencia con el Museo Rocsen, de la localidad de Nono: «porque era una escuela, no estaba ocupado... por ejemplo... con todas cosas que para ese entonces el Museo Rocsen... que tiene esa otra historia». Con el Museo Rocsen —otro «borde» de influencia en el Valle de Traslasierra—, se pueden trazar diferencias y cercanías en las distintas etapas temporales del Museo de la Ciudad. Si bien inicialmente, en el Museo de la Ciudad se prioriza el armado de un proyecto educativo–regional reflejado en el uso del espacio, y la divulgación en publicaciones, paneles y charlas, hay un perfil polifacético que comparten con el Museo Rocsen —presente en las publicaciones del «Baúl de la Abuela»—, aspecto que se profundizará en los años sin dirección, en un incremento de las colecciones por donaciones, que ocupan en la actualidad

todo el espacio de exhibición del Museo de la Ciudad.

Las biografías de quienes dieron vida al museo como proyecto educativo —con marcados trayectos de formación académica en ciencias naturales y de prácticas territoriales de conservación, cuidado y promoción de la fauna y flora local— construyeron un espacio atravesado por una mirada comprometida con el entorno y la comunidad. Desde diversas trayectorias, intentaron ordenar memorias ambientales y culturales del Valle de Traslasierra, con una búsqueda de puesta en valor de sus paisajes, antiguos pobladores y recursos territoriales. Un trabajo con la cultura paisajística de la región, donde el espacio museo reclamaba otra relación con el entorno, desde el cuidado y la conservación (Pisón, 2007).

En esta etapa, el museo se ocupó del armado, conservación y comunicación de las colecciones bajo la dirección de Marcelo Ferrer y con Daniel Brito como encargado de las colecciones, además de personas que colaboraban en estas tareas de diversas maneras: ad honorem, contratados o acercándose al espacio, le daban vida con sus vidas.

Tras la muerte de Ferrer y el traslado de Brito en 1993, el museo experimentó extensos periodos de acefalía institucional, a pesar de los esfuerzos de agentes locales para que esto no ocurra. Esta situación provocó que la biografía de las colecciones y del propio museo se transforme (Kopytoff, 1991). De ser concebido como

un museo–escuela, la institución devino en un espacio donde todo puede ser almacenado sin una referencia clara sobre sus orígenes dentro del museo y el territorio de referencia, encarnando el testimonio material de la interrupción de cuidado de un espacio patrimonial. Esto afectó aspectos tangibles del espacio —como el estado de conservación y la exposición de las colecciones—, así como sus dimensiones intangibles —valores históricos, culturales y comunitarios que no son transmitidos—. A pesar de esto, el museo sigue sosteniendo un público diario de infancias, adolescencias, familias y escuelas.

En la capacidad de los objetos y los paisajes de almacenar historias y memorias (Agulló, 2010; Goffard, 2019) y entendiendo al patrimonio como una serie de experiencias comunes que involucran valores y sentidos móviles (García Canclini,

1999), la posibilidad de recuperar la misión educativa desde una perspectiva contemporánea, comprende una clave para repensar el presente y proyectar otro futuro para el Museo de la Ciudad. Volver a revisar las colecciones y la institución a partir de su función formativa, desde una perspectiva de conservación ambiental y promoción de la geografía local, ofrece herramientas para resignificar su rol actual, como un espacio posible para la conservación de memorias y el compromiso con el paisaje que lo rodea.

Agradecimientos

A todas las personas que, con sus testimonios y tiempo, han contribuido en la tarea de reconstruir la biografía del Museo de la Ciudad de Villa Dolores, Córdoba. Su generosidad al compartir sus recuerdos y materiales ha sido fundamental para este estudio.

Referencias bibliográficas

- Agulló Hernández, D. (2010). La mirada antropológica a los objetos. *Periferia*, (13), 61–66.
- Antomarchi, C., Michalski, S. y Pedersoli, J. (2016). *Guía de gestión de riesgos para el patrimonio museológico*. Canadá: ICCROM–CCI. Consultado el 18 de marzo de 2025 en: <https://www.iccrom.org/es/resources/publications?keywords=gestion+riesgos>
- Barrionuevo Imposti, V. (1942). *Historia de Villa Dolores (Córdoba)*. Villa Dolores: Propiedad del autor.
- Chaldari Caballero, T. M. y Suau, R. (2018). *Desarrollo estratégico del turismo de Villa Dolores y zona de influencia*. Tesis de grado, Instituto Universitario Aeronáutico, Córdoba. Disponible en: <https://rdu.iaa.edu.ar/handle/123456789/2204>

- Diario Democracia. (12 de diciembre de 1991). Museo de la Ciudad. Villa Dolores: *Diario Democracia*.
- Diario Democracia. (24 de diciembre de 1991). Al finalizar 1991. Villa Dolores: *Diario Democracia*.
- Folch, R. y Bru, J. (2017). *Ambiente, territorio y paisaje. Valores y valoraciones*. Madrid: Editorial Barcino.
- García Canclini, N. (1999). *Los usos sociales del patrimonio cultural*. Consejería de Cultura. Junta de Andalucía.
- Gartner, A. (2015). *Historia oral, memoria y patrimonio: aportes para un abordaje pedagógico*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Goffard, N. (2019). *Intramuros. Palimpsestos sobre arte y paisaje*. Chile: Metales Pesados.
- Hafford, C. (2021). El Museo en los bordes. La experiencia museal en nuevos entornos. *Revista Cultura en Red*, 10(1), 29–4. Consultado el 20 de marzo de 2025 en: <http://www2.hum.unrc.edu.ar/ojs/index.php/CR/article/view/1410>.
- Hermo, D. y Miotti, L. (2010). *Biografías de paisajes y seres. Visiones desde la arqueología sudamericana*. Córdoba: Editorial Brujas.
- Junta Municipal de Historia. (2021). *Estudios y conclusiones sobre la fundación de Villa Dolores*. Villa Dolores: Cuadernos De Historia N.º1.
- Kopytoff, I. (1991). La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso. En Appadurai, A. (ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (pp. 89–122). México: Grijalbo.
- La Voz del Interior. (3 de noviembre de 2011). Reabre un valioso museo en Villa Dolores. *La Voz del Interior*. Consultado el 20 de marzo de 2025 en: <https://www.lavoz.com.ar/villa-dolores/reabre-valioso-museo-villa-dolores/>
- Maffini, M. A. (2022). *Turismo y Territorio: La «turistificación» de Traslasierra (Córdoba, Argentina)*. *Revista Universitaria de Geografía*, 31(1), 16–18
- Nogué, J. (ed.) (2007). *La construcción social del paisaje*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Pisón, E. (2007). Paisaje, cultura y territorio. En Nogué, J. (ed.), *La construcción social del paisaje* (pp. 327–337). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Viano, C. (2011). Historia reciente e historia oral. Algunas reflexiones sobre un derrotero inseparable en la historiografía argentina actual. En Necochea Gracia, G. y Torres Montenegro, A. (comps.), *Caminos de la historia y caminos de la memoria en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi/Red.